

# TOMA DE POSICIONES FRENTE AL MOMENTO POLITICO

**NUESTRO ENEMIGO** Chile se ha constituido en el escenario de una pugna en que el movimiento popular se enfrenta a un nuevo rostro del imperialismo. No es el imperialismo desvergonzado del big stick, ni el abiertamente bélico de Corea, Vietnam del Sur o el Congo. Tampoco es el imperialismo usando el caudillo o el cuartelazo como en Brasil, Guatemala o Ecuador.

Es el imperialismo pacifista y populista al corte de la Alianza para el Progreso, aparentemente generoso y reformista, que ha encontrado en la Democracia Cristiana, tanto un bastión remozado para la defensa de sus intereses, como una nueva expresión política que reemplace a las fuerzas ya caducas de las oligarquías tradicionales.

Sostenemos que la derecha como fuerza política no ha cambiado. Por el contrario, al mantener su inveterada postura retrógrada y anacrónica, profundamente corrompida e incapaz de comprender los nuevos acontecimientos revolucionarios mundiales ha hecho que ya no sirva a los intereses del imperialismo, el cual más que nunca necesita de socios nacionales ágiles, capaces de hacer las veces de diques al avance históricamente indetenible del movimiento popular. Por ello, la derecha tradicional ha sido sustituida por la democracia cristiana, no quedándole más futuro que las veleidades del golpismo, ya que el propio imperialismo se ha encargado de hacerla ingresar al museo de la historia.

Inexorable en la defensa de sus intereses, el imperialismo hace uso de una nueva carta, la última carta de triunfo legal: el populismo y demagogia reformista de la democracia cristiana. Por ello, no nos enfrentamos a un nuevo rostro de la derecha tradicional, sino que a una nueva cara del imperialismo. Nuestro enemigo no es la democracia cristiana, sino que el imperialismo que la inspira, organiza y respalda. Frente a este hecho no tenemos alternativas: o estamos con el imperialismo o contra él. Es nuestra posición frente a esta fuerza externa de opresión internacional la que define nuestra actitud frente a la democracia cristiana, por cuanto

es un engaño querer fijar nuestra posición frente a ésta, independientemente de nuestro pensamiento frente al imperialismo.

La democracia cristiana ha devenido en la expresión ideológica y política del imperialismo como resultado de las circunstancias históricas. En el mundo, tiene lugar en estos momentos, un verdadero reajuste de las fuerzas reaccionarias internacionales. Presenciamos el enlace nupcial, algarabiero y pomposo, entre el imperialismo y la Iglesia. No otra justificación tienen las pretensiones de unidad entre el mundo protestante y el católico, y en general, de todas las religiones en contra de la revolución en marcha, que han caracterizado las últimas posiciones del Vaticano y especialmente del Concilio Ecuménico. No se ha trepido en aras de esta Santa Alianza reaccionaria, antipopular y antinacional, atropellar verdades reveladas, ayer veneradas. La misma infalibilidad del Papa ha sufrido una muy seria mutilación, seguramente más aparente que real, con el objeto de contentar a las iglesias protestantes del mundo capitalista sajón; incluso la Iglesia ha llegado a reconocer la verdad de otras religiones, todo bajo el peso del deber de tener que cautelar la sagrada sociedad de todos los Spellmans y Rockefellers del mundo. Nada más sagrado que el egoísmo económico del capitalismo y su espiritualidad protegida por la Iglesia. Ningún crimen peor que atentar contra el orden del capitalismo o contra la moral de la Iglesia. Por eso mismo, ningún deber revolucionario más ineludible que denunciar implacablemente la santa mentira ocultadora de las peores expropiaciones.

Producto de esta unión entre imperialismo e Iglesia, Estados Unidos y Vaticano, nace la Democracia Cristiana, retoño de un matrimonio entre viejos que se comporta como el niño terrible de las oligarquías anquilosadas; pero que, a pesar de ello, no puede ocultar tras su verborrea reformista la impronta de los grandes consorcios nacionales e internacionales. Reformismo cuya misión es contribuir, a través del engaño, a ayudarlos a sobrevivir frente al embate histórico de los pueblos, aun al precio de sacrificar a las oligarquías tradicionales.

Por consiguiente, a su reformismo oponemos nuestro carácter de auténticos revolucionarios, de Partido intransigentemente antimperialista. Y a su internacionalismo, reflejo del carácter mundial del imperialismo y de la Iglesia, oponemos nuestro carácter de fuerza nacionalista independiente, sin ataduras ni compromisos e inspirado sólo en el mejor espíritu de solidaridad que deben guardar todos los que luchan por la emancipación económica, política y cultural de sus pueblos, sea en Africa, Asia o América Latina.

A la democracia cristiana, como destacamento del internacional capitalista reformista burgués y clerical, oponemos un partido profundamente nacionalista, antimperialista sin cuartel, socialista revolucionario y laico consecuente.

**EL TRASFONDO ECONOMICO** La nueva etapa que inicia la izquierda en Chile, después del 4 de septiembre, expresa un cambio en la correlación de fuerzas dentro de la combinación de sectores de centro y derecha, como consecuencia de presiones ejercidas por el imperialismo. Este cambio se caracteriza por un predominio más efectivo y real de los sectores de la burguesía industrial sobre los sectores terratenientes, lo que puede acarrear como resultado un mayor dinamismo general propio de una política reformista cuyo sino es hacer el cambio para que no tenga lugar. El Talón de Aquiles de estas nuevas fuerzas puestas en marcha por el imperialismo, y por lo mismo que éste es su socio oculto, está en que al no liquidar esta política a los monopolios, sino que fortalecerlos, se producirán choques entre sectores de la burguesía industrial, pudiendo constituir contradicciones antagónicas; esto es, que la absorción de sectores industriales medios y pequeños por los monopolios, se agudizará en la misma medida en que la democracia cristiana pretenda insistir en su esquema de capitalismo reformado. No queremos expresar, con lo anterior, que resida allí el impulso revolucionario.

Más bien, es la contradicción inherente a la política democratacristiana de pretender un desarrollo social particularmente costoso, sin intensificar paralelamente nuestro proceso productivo, la que provocará una serie de contradicciones y conflictos, tales como, por ejemplo, el aumento de la carga tributaria, ya onerosa en sí para los sectores medios, y abiertamente desestimulante para promover la iniciativa y la audacia que se requerirá de los sectores empresarios dentro de una política de clase capitalista. La política de la incertidumbre y de temor frente a la política populista y reformista de la democracia cristiana es un factor que tenderá a desalentar a los inversionistas extranjeros que no tengan un trato especial (como es el caso del cobre), y a los capitalistas nacionales que no tengan un trato también privilegiado. Todo lo cual en el fondo significa fortalecer la posición de los monopolios nacionales y extranjeros.

Es desde el ángulo de su incapacidad para coordinar una política de desarrollo social con una de desarrollo económico, donde procede plantearse la cuestión relativa a las posibilidades históricas de la democracia cristiana. Su afán de modernizar el capitalismo, ¿será capaz de llevarla a enfrentarse con los monopolios para así incorporar al desarrollo de nuestro sistema productivo todo el excedente económico no utilizado? ¿O es que todo su afán de capitalismo de nuevo corte se limita a crear un capitalismo criollo financiado por el imperialismo, sin vitalidad propia?

Si la alternativa es la primera, puede entrarle a demostrar de inmediato, y entonces, seguramente, el movimiento popular podrá hacer parte de su recorrido junto con ella. Pero, si es la segunda, como lo sostenemos, por así haberlo demostrado, no tenemos al-

ternativa, siendo nuestra posición, como lo es, definitiva e inexorablemente antimonopólica y antimperialista.

A los ideólogos demócratacristianos les queda poco tiempo para seguir con sus juegos de artificio. La legítima presión popular, despertada por su misma demagogia, se encargará de mostrar la solidez de su castillo de arena.

**EL TRASFONDO SOCIO-POLITICO** El movimiento de una burguesía industrial se ha frustrado en Chile como consecuencia de que nunca se ha desligado del sector más tradicionalmente oligárquico, la clase capitalista mercantil, la cual, sea en su condición de terrateniente, banquera o comerciante, siempre ha terminado por absorber a la naciente burguesía industrial. Sólo el interés del imperialismo por establecer diques sociales más sólidos al despertar popular, puede permitir la estructuración de una **seudoburguesía industrial** totalmente artificial, producto del problema estatal y aduanero, que, por lo mismo, se frenará a sí mismo en su empuje creador por las contradicciones internas que determina la coexistencia de un sector industrial monopolista y otro sector mediano pequeño.

De ahí que el conflicto posible (teóricamente inevitable) entre "burguesía industrial" y los sectores terratenientes no debe hacernos perder la visión de que, mirado en la perspectiva del movimiento popular, lo que interesa es que se vigorizará al sector industrial monopolista con toda su red de compromisos con el imperialismo. Es aquí donde descansa el poder de penetración imperialista, y no en la oligarquía terrateniente. Desde este ángulo, el papel que históricamente le correspondería desarrollar a la democracia cristiana consiste en apresurar el dominio de la burguesía industrial como apéndice de los intereses imperialistas.

Este proceso de subyugación al imperialismo ofrece apariencias confusionistas, ya que es parte del nuevo estilo pretender remodelar las relaciones entre el sector patronal y el asalariado. El objetivo estratégico es debilitar principalmente la conciencia de clase del proletariado industrial.

La primera condición de esta conciencia es superar su estado de conciencia alienada. Por ello, en la medida en que vastos sectores populares, especialmente de trabajadores industriales y de servicios, haya ido asimilando aspectos de las instituciones del orden de clase dominante, se contiene el germen para una progresiva deformación de su conciencia. Esta puede degenerar en una conciencia individualista y oportunista, ya que es el reflejo de una superestructura destinada a mimetizar a los sectores de trabajadores con las reglas propias del orden social. En la medida en que los partidos que forman la vanguardia política persistan en dirigir el movimiento popular dentro del respeto a las normas y reglas de comportamiento aceptadas por la sociedad burguesa estarán

reforzando la asimilación de estas normas y valores por los trabajadores, con el riesgo de que, como resultado de este proceso, o la combatividad del movimiento popular se limita a lograr nuevos niveles de reajustes sociales y económicos, o el antagonismo se provoque y canalice al margen de los partidos.

Es evidente que esta nueva combinación de fuerzas en el frente de la burguesía plutocrática, que políticamente expresa la democracia cristiana, tiene muchas más posibilidades de aprovechar y canalizar un movimiento de masas que las oligarquías tradicionales, pues al proporcionarle una envoltura reformista al orden social logra conciliar en mejor forma la conciencia de cambios con la de seguridad presente. Como conclusión, los partidos populares deben marginarse del juego de la institucionalidad y luchar por que el enfrentamiento con el orden sea global y no en aspectos particulares y aislados.

Cada integrante del movimiento popular debe transformarse en un implacable enjuiciador y denunciador del régimen vigente, no dejando pasar hecho alguno o situación que ilustre sobre la naturaleza intrínseca del sistema. Día a día presenciarnos acontecimientos o se es objeto de acciones que dejamos pasar como normales y que constituyen extraordinarias lecciones de su carácter opresivo e injusto, pero apreciadas como naturales por los mismos que deberían rebelarse en su contra. Esta actitud de aceptar los sucesos cotidianos calladamente para quedarnos con la pura crítica trascendental, es la más elocuente demostración del grado de mimetización individual alcanzado por integrantes del movimiento popular con las instituciones y valores de la sociedad burguesa.

No hay que confundir la formación y maduración de una conciencia rebelde, con la simple asimilación de una ideología revolucionaria. Si no somos capaces de rebelarnos frente a la rutina del sistema, mal podemos llegar a desempeñarnos como revolucionarios integrales. Es verdad que no hay acción revolucionaria sin teoría revolucionaria; pero, también es cierto que la teoría por sí misma no basta para forjar una conciencia revolucionaria. Para que ello tenga lugar debe haber un **mínimum de conciencia rebelde.**

Romper con el ritualismo de la democracia burguesa, faltarle el respeto a los falsos sacramentos detrás de los cuales se ocultan los intereses de la clase dominante; salirnos de la jaula de oro creada por la plutocracia banquero-industrial-demócratacristiana para terminar con el juego de la juridicidad intocable son condiciones para que los partidos populares presionen por un enfrentamiento global con el orden social vigente, entablando su ofensiva al margen de la institucionalidad, acelerando y robusteciendo así la conciencia de clase.

Es en el marco de estos conceptos que sostenemos la necesidad de impulsar un sindicalismo militante, no aceptando una unidad

sindical al precio de hacerlo estéril. Necesitamos una organización sindical que sea instrumento de educación política revolucionaria, en lugar de los verdaderos clubes forjadores de pequeños burgueses en busca de recompensa pecuniaria como son la mayoría de ellos en estos momentos. Necesitamos abandonar la pomposa y ridícula concepción del parlamentario-legislador, hábil sólo para escurrirse por los pasillos del Congreso y víctima, cuál más cuál menos, de las irresistibles tentaciones del arribismo o de las gratificaciones de la jubilación.

Nada más contrario a la maduración de una conciencia, rebelde primero, después revolucionaria, que encajonarse en una carrera, palmotearse en los pasillos, gritarse en el hemicycle, sentarse juntos en el comedor, señalar posiciones doctrinarias en la tribuna o en la prensa y simultáneamente negociar en la comisión. Nada más contradictorio que un revolucionario sin rebeldía. De ahí por qué al concepto de parlamentario-legislador debemos oponer el de dirigente de masas, capaz de educar y encauzar, de denunciar y construir. Un parlamentario que deje el santuario del Congreso por el pueblo en ascenso revolucionario.

**CRISIS DE CRECIMIENTO DE LA IZQUIERDA** La democracia cristiana pretende encauzar y fortalecer la tendencia creadora de nuevas capas medias como fuerzas de contrapeso al empuje del movimiento popular. Como expresión política de esta tendencia, contenida en todo régimen capitalista por rudimentario que sea su desenvolvimiento, la democracia cristiana asume un carácter profundamente heterogéneo pasando a arrebatarse su clientela a la oligarquía tradicional y también con pretensión de encauzar sectores del movimiento popular.

Frente a este enemigo debe la izquierda oponer una vanguardia capaz de incorporar a numerosos sectores marginales y despolitizados en moldes de acción más flexibles, de manera de dar lugar a un movimiento de masas amplio, poderoso y a la ofensiva capaz de contrarrestar el populismo demagógico del partido de Gobierno, de acuerdo con un esquema que facilite la reubicación de la vanguardia política dentro de la organización de masa y no superponerla a ésta.

La burocratización representa un resumen sociológico objetivo que experimentan los partidos populares y constituye un hecho negativo para el movimiento popular que nadie puede desconocer.

Correspondiendo a una idea justa de que la vanguardia política debe ser profesional ha devenido, sin embargo, en obstáculo para la vida interna, haciendo difícil la circulación, el contacto y el diálogo entre dirigentes y base. La transformación burocrática de vanguardia ha ocurrido porque los partidos han perdido contacto directo y vivo con las masas, resultado de convertirse en

grupos estrechos y exclusivos y haber entrado en un juego complicado y cada vez más comprometido con las reglas de juego de la burguesía. Lo anterior se demuestra, entre otras situaciones, por el gran énfasis dado a la política parlamentarista, al gremialismo y al propagandismo sin pretensión de educación política revolucionaria. Conscientes de que tal proceso no puede ser válidamente imputado a determinadas personas, sino más bien a una etapa de lucha ya superada, en estos momentos en que nos enfrentamos a enemigo tan poderoso es un deber elemental de todo revolucionario tratar de comprender que antes que nada se trata de vigorizar los instrumentos de la revolución, ajenos a todo romanticismo político o lirismo ideológico; pero que este refortalecimiento debe impulsar sobre la base de un remozamiento orgánico de la izquierda que se expresa en la promoción de nuevos cuadros y en una reafirmación auténtica y serena de nuestra ideología revolucionaria.

La inquietud que anima a muchos, por forjar un Partido Único de clase debe integrarse como un síntoma de la crisis de crecimiento de la izquierda, la que se manifiesta en el deseo de reemplazar posturas consideradas inconvenientes y afirmar otras que abran al movimiento popular nuevos derroteros. Sin embargo, esta discusión, natural entre quienes están inspirados en los mismos ideales, debe ser encauzada para impedir que se transforme en el caballo de Troya de grupos interesados. Ninguna discusión en las filas del movimiento popular puede ser prohibida, y quienes así lo intenten no son dignos de pertenecer a él; pero, tampoco podemos aceptar que la contraposición de enfoques e interpretaciones se transforme en un elemento desintegrador de la unidad popular. Por eso pensamos que, en los momentos en que terminamos una etapa de lucha e iniciamos otra nueva, debemos abrirnos a un gran diálogo creador, que sin negar las tradiciones de lucha y el valor que tiene para el movimiento popular la experiencia de sus partidos, cualesquiera sean sus imperfecciones y errores, nos permita unir nuestras voluntades en una efectiva acción basada en la confianza de las masas y en la unidad de todos los revolucionarios.

Creemos que más que nunca es necesario fortalecernos como partido nacional, revolucionario-socialista y antimperialista. Para ello necesitamos hombres dispuestos a la acción como al diálogo. Esto no admite dilaciones ni confusión. Necesitamos voluntad de acción y claridad de pensamiento. La primera la obtendremos canalizándola en estructuras partidarias remozadas y abiertas a nuevas voluntades; lo segundo a través del diálogo democrático interno consustanciado con la acción.

Representemos una voluntad firme de renovación profunda pero dentro de los cauces de la unidad. Cerremos filas en torno de un pensamiento revolucionario, políticamente claro y realista. No

nos tentemos por nuevas experiencias que no se entronquen con los treinta o cuarenta años de luchas pasados.

No neguemos el pasado... ¡Superémoslo!

## **LA DEMOCRACIA CRISTIANA, DIQUE DE CONTENCIÓN**

La democracia cristiana, como dique de contención creado por el imperialismo, necesita recurrir a la movillización de las masas despolitizadas, acentuando en ellas la pérdida de su conciencia de clase para comprometerla cada vez más con las instituciones vigentes.

Al bosquejar una política liberada del juego democratoide que ponga el acento en la política de masas antes que en una concepción de grupo de presión, estamos planteando las condiciones subjetivas para una línea que descansa en el vigorizamiento y orientación de la acción espontánea de las masas.

El problema de los caminos hacia el poder se transforma antes que nada en una cuestión de incorporación de masa a formas orgánicas flexibles y en un problema de enfoque de las posibilidades históricas de la Democracia Cristiana. En efecto, frente a ella no podemos caer en una interpretación mecánica estrecha, pues, además de representar la expresión político-ideológica del imperialismo, está circunstancialmente encauzando las aspiraciones y expectativas de grandes contingentes populares confundidos.

Representando la última alternativa legal del actual régimen económico-social, la Democracia Cristiana trabajó en terreno abonado para sembrar sus mixtificaciones, lo que unido a la profunda despolitización general, le significó el apoyo de muchos sectores que están objetivamente en contradicción con el régimen. De ahí por qué la izquierda no pueda ignorar los factores que juegan en favor de la Democracia Cristiana, entre los cuales está la debilidad de la conciencia de clase de vastos sectores.

Una de las soluciones para remediar esta situación es la que sosteníamos: la vinculación cada vez más amplia de la gran masa a formas orgánicas convenientes, y la vinculación de éstas en una política cada vez más militante. Debemos llegar a reemplazar el civismo por una real conciencia política revolucionaria.

Esta orientación dirigida hacia los frentes de masa alcanza su máxima expresión en la idea de que sean estas fuerzas, hasta hoy marginadas del juego político y objeto de la manipulación ideológica de la reacción, las que impriman su propio sello a la vida política diferente al pusilámne y convencional estilo de la pequeña burguesía.

Una conciencia política revolucionaria, sea electoral o insurgente, lo que es un problema de circunstancias, debe primero estar liberada de las deformaciones de la cultura burguesa. Debe estar dirigida a elevar el nivel político de la acción espontánea de las

masas; pero una acción que sea de enfrentamiento global frente al orden económico, político e institucional.

Una conducta revolucionaria para ser tal debe comenzar por romper con las ligaduras de toda especie con el régimen que pretende transformar. Nada podemos esperar de quienes terminan por mimetizarse con aquello que desean cambiar, pues deben empezar por transformarse ellos antes que nada.

Es un imperativo de la hora vigorizar con nuevos cuadros las estructuras partidarias que han sobrellevado el desgaste de una lucha histórica. Nuevos horizontes se abren ante nosotros, esperando las nuevas promociones que con ahinco, responsabilidad y firmeza renovada estén a la altura de las circunstancias.

No profeticemos desde las alturas, sino que descendamos a asumir la responsabilidad de una nueva jornada.

## **MONTHLY REVIEW**

SELECCIONES EN CASTELLANO

### **SUSCRIPCIONES:**

ANUAL (12 números) .. .. .	E\$ 10.—
SEMESTRAL (6 números) .. .. .	5.—
NUMEROS SUELTOS .. .. .	0,90

ES UNA PUBLICACION DE  
PRENSA LATINOAMERICANA S. A.  
CASILLA 10430 - SANTIAGO